

## ***Oraciones para la última semana del Año Litúrgico***

P. Anselmo Álvarez OSB  
Abad Emérito del Valle de los Caídos

*Por su posible utilidad para algunos, se ofrecen aquí unas plegarias con las que podemos acompañar la celebración de la semana final del Año Litúrgico, al mismo tiempo que preparamos con ellas el comienzo del nuevo, con la primera Semana de Adviento. Podríamos así dar gracias al Señor por el misterio de la Redención, del que nos ha permitido participar a lo largo del año transcurrido, y en el que vuelve a ofrecernos nuestra participación en el que comienza. Ello nos posibilita vivir la realidad actualizada de Cristo, que cada año reitera para nosotros el acontecimiento de la Vida y de la Salvación que mantiene la vida del mundo.*

(En principio es conveniente recitar cada texto el día correspondiente)

### **Sábado (de la Semana XXXIII)**

“Venid, adoremos a Jesucristo, Rey de reyes”, proclamamos los cristianos en la fiesta, que celebramos mañana, de Jesucristo, Rey del Universo, y anhelamos, Señor, que pronto la humanidad entera se una en esta adoración unánime. Ábrenos los corazones para que demos acogida a tu ley de amor, a tu verdad, a tu paz. Reinas a través de ellos porque tu reino no es de este mundo sino del espíritu, de tu Espíritu en nosotros, en el que encontramos la imagen y la semejanza contigo. En Ti nosotros nos sentimos señores y vencedores, porque Tú has vencido al mundo con tu palabra de vida y con tu sangre, y has hecho nuestra, de todos, tu victoria.

El plan de Dios es que todo tenga a Cristo por Cabeza, nos dice tu apóstol Pablo. Ojala que todos los hombres acepten llegar a ser miembros de Tu cuerpo místico, en una sociedad donde tu Evangelio y tu Ley inspiren la existencia profunda de los hombres y el gobierno de las naciones. Que “toda lengua confiese: “*Jesucristo es Señor*”, para gloria de Dios Padre”; que ante Tu Nombre toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra”. Con todos los que han repetido la oración que nos enseñaste, te decimos: ‘venga a nosotros tu Reino’, Señor.

### **Domingo (Solemnidad de Cristo Rey)**

En el día en que los cristianos celebramos tu soberanía de amor sobre el mundo, el hombre y la historia, nosotros queremos elevar a Ti nuestra oración en nombre de toda la humanidad. Con toda ella te decimos: Tú eres el Alpha y la Omega, el principio y el fin, el que

eres, el que era y el que viene; Imagen de Dios invisible y Verbo eterno de Dios; Primogénito de toda criatura, Palabra verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, nuestro Maestro y nuestra Sabiduría, que convierte en necedad el lenguaje de todos los falsos cristos y falsos profetas. Tú eres la piedra angular, centro y eje de toda construcción, único fundamento que ha sido puesto y fuera del cual no puede ser puesto ningún otro.

Tú eres Señor y Cristo, Aquel sin el que nada ha sido hecho y para el que todo se ha hecho. Eres Camino, Verdad y Vida, fundamento y cumbre de la historia, centro en el que convergen todas las direcciones humanas. En Ti se cumple la plenitud de los tiempos y del hombre. Porque Tú eres el Hijo del Hombre y Hombre por excelencia, arquetipo del hombre perfecto, excelso, en el que se diseña la imagen del hombre verdadero

Sabemos que aunque hoy estás oculto, estás más vivo y más cercano que nunca. Señor, Te esperamos, porque Tú eres Luz y Ley del mundo.

#### Lunes (de la Semana XXXIV)

Por tu profeta Malaquías nos has dicho, Señor, que “del oriente al poniente grande es Tu Nombre entre las naciones”. Nosotros lo hemos casi olvidado y cada vez son menos los que lo pronuncian, tal vez porque ya no te conocen, o no te llevan en su corazón, o sienten vergüenza de declararlo ante los hombres. Sin embargo, Tú has dicho también: ‘el que me confiese delante de los hombres, Yo lo reconoceré delante de Mi Padre’. Pero nosotros tus hijos quisiéramos proclamarlo en nombre de todos los que no lo hacen.

Cuando pronunciamos *el Nombre sobre todo nombre, ante el que toda rodilla se dobla*, y extendemos sobre el mundo Tu presencia y Tu memoria, volcamos sobre él el poder de Tu brazo, reafirmamos Tu soberanía sobre él, a la vez que Tu amor. La tierra está siempre llena de Tu gloria aunque estuviera vacía de Tu recuerdo, pero cada hombre y cada mujer creyentes que se dirigen a Ti invocando Tu Nombre, pueden multiplicar su eco, de manera que lo oigan los sordos y lo pronuncien los mudos, y su evocación llegue hasta los confines del orbe.

Quisiéramos unir a todos los creyentes para entonar, con ellos y con todas las criaturas, el himno nuevo y antiguo que proclama la gloria de nombre del Señor: “mi alma engrandece al Señor”, y grita con los ángeles y los hombres: “quién como Dios!”. Porque quisiéramos sacarte de las catacumbas donde te hemos confinado, devolvarte a la luz del día, remover la losa de tu sepulcro antes de que tengas hacerlo Tú mismo con estrépito que conmovirá los cimientos de la tierra.

## Martes (de la Semana XXXIV)

Nos has recomendado, Señor, que oremos sin cesar. Pero lo que tal vez no podemos hacer con los labios sí podemos hacerlo con el corazón y con la vida, ofrecidos para que sean oración y oblación permanentes a través de su propio latido. Sabemos que podemos enriquecer nuestra oración con la de todo tu Cuerpo místico, dentro de la Comunión de los Santos, de manera que hagamos nuestra la oración de todos los demás, y que cada uno de ellos participe en la nuestra.

Así como todos comemos del mismo pan y bebemos la misma sangre de la Eucaristía, participamos también en la plegaria común e incesante de la Iglesia.

Sabemos, Señor, que no somos una pequeña iglesia aparte, sino que estamos integrados en el gran movimiento de la vida divina que tiene su fuente en Ti y en el soplo de tu Espíritu. Por eso, nos unimos a todas las almas santas que oran y contemplan, que aman y bendicen. Por eso, cada uno de nosotros te repite:

Recojo y reitero cada ofrenda del mundo, de los hombres y de los ángeles que sube hasta ti, proveniente del pasado o del futuro. Pongo mi propia ofrenda en el corazón de cada hombre, en el latido de cada ser y de cada cosa que se vuelva hacia Ti, que alguna vez ha dicho o dirá, en su lenguaje, 'aquí estoy'. Por eso, todo lo que habla contigo, habla por mí; todo lo que llega a Ti lleva también mi nombre.

## Miércoles (de la Semana XXXIV)

Sabemos, Señor, que es tu deseo que cuando nuestro corazón cansado detenga sus latidos, no se detenga nuestra fe ni nuestra ofrenda. Pero porque tenemos conciencia clara de la profundidad de nuestra pobreza y limitaciones, sentimos la necesidad de suplirlas de alguna manera, con el fin de que esa ofrenda pueda ampliar su contenido y dilatar el tiempo durante el cual pueda llegar hasta Ti. Por eso cada uno de nosotros Te dirige esta o parecida plegaria:

Señor, que al final de mi vida no se apague mi voz; que siga resonando con la de todos los hombres, con la de todos los justos, con la de toda la Iglesia, de todos los tiempos;

con la de todos los bienaventurados y coros angélicos, aun cuando no sea admitido en su compañía, o mientras no lo sea;

con la de todas las cosas que, en cualquier lugar del espacio o del tiempo, pasado o futuro, se eleva hacia Ti cantando el Amor, la Sabiduría y la Gloria que contemplan en Ti.

Que mi voz sea su voz, que la suya sea la mía. Escúchame en todas las tuyas; escúchales en todas las mías; escúchanos en todas las tuyas.

Y que esta ofrenda llegue a Ti como susurro o como huracán; como un canto; como un oleaje; como un aroma; como un torrente de luz; como una bandada de aves; como un despliegue de alas angélicas; como el aliento de todos los corazones.

#### Jueves (de la Semna XXXIV)

En estas horas finales del año litúrgico, símbolo de nuestros años y de nuestra vida en Ti, en el que hemos seguido los pasos de tu vida histórica y nos hemos nutrido con la gracia de tu vida divina, cada uno de nosotros queremos elevar hasta Ti el cántico que las sucesivas generaciones cristianas, desde hace muchos siglos, Te han dirigido en expresión de la expectativa ardiente de Tu llegada:

*“Cielos, enviad vuestro rocío, y que las nubes lluevan al Justo*

No te enojés, Señor, ni te acuerdes de nuestras iniquidades.

Mira cómo la ciudad del Santuario ha quedado desierta;

Jerusalén está desolada, la que fue casa de tu Santidad y de tu gloria, donde Te alabaron nuestros padres. *Cielos...*

Hemos pecado y nos hicimos inmundos, y caíamos como hojas secas; nuestras iniquidades nos barrieron como el viento;

nos ocultaste tu rostro y nos humillaste en castigo de nuestros pecados. *Cielos...*

Contempla, Señor, la aflicción de tu pueblo y envíanos al que has de enviar.

Envía al Cordero dominador de la tierra, desde la piedra del desierto hasta la montaña de la hija de Sión, a fin de que Él mismo levante el yugo de nuestro cautiverio. *Cielos...*

Consuélate, consuélate, pueblo mío: pronto llegará tu salvación.

¿Por qué te consumes de tristeza, trastornado, como estás, por el dolor?

Yo te salvaré, no temas, pues Yo soy el Señor, tu Dios, El Santo de Israel, tu Redentor. *Cielos...”*

#### Viernes (de la semana XXXIV)

Al clausurar hoy el año litúrgico quisiéramos expresar a una sola voz la suma de sentimientos que la oración de la Iglesia ha puesto cada día del año en el corazón del pueblo de Dios. Por eso, Señor, elevamos a Ti la acción de gracias por las obras magníficas que has

hecho en favor nuestro en tu Encarnación, Pasión y Muerte y Resurrección, en las que nos has permitido participar a través de tus fiestas y de tus Sacramentos. Por ellos y por la abundancia de gracias con que mediante tus misterios has enriquecido a tu Iglesia y a cada uno de sus miembros, nosotros te bendecimos y glorificamos.

Y queremos hacer nuestra la adoración, la alabanza y la gloria que Tú has tributado al Padre como Cabeza de la Iglesia y Sumo Sacerdote del culto, así como el que la Iglesia te ofrece a Ti en la celebración anual de las solemnidades en las que veneramos la memoria de los acontecimientos de nuestra salvación.

Renovamos también todas las súplicas con que tu pueblo se ha dirigido a Ti, en nombre de todos y por las intenciones y necesidades de cada uno de ellos. Escúchalas, Dios de poder y de misericordia, para que tu pueblo se alegre contigo, y de nuevo te dé gracias, en tu templo o en el fondo de sus corazones.

En esa súplica incluimos también a las almas de los fieles difuntos, tus hijos y hermanos nuestros, para que contigo y algún día con nosotros, puedan ver finalmente el rostro del Padre, y alabarte por los siglos de los siglos.